

MAITE MARTÍNEZ BLANCO | ALBACETE  
mmartinez@latribunadealbacete.es

El 21 de febrero de 1966 llegaron a la Cañada de Agra sus primeros vecinos. Era una familia de Las Anorias, Gaspar Fernández y María García, con su hijo de dos años y la madre de ella. Gaspar fue uno de los cinco tractoristas contratados para poner en marcha este pueblo nacido de la nada, uno de los 300 que construyó por todo el país el Instituto Nacional de Colonización para repoblar zonas rurales retomando un plan que se había ideado en la República.

«Sin luz, sin agua, sin butano, no había nada», relata María, «llegamos de noche y lloviendo; llevábamos un cerdo y lo tuvimos que meter en la despensa». Medio siglo después conserva indeleble el recuerdo de aquel instante en el que aterrizaron en un pueblo fantasma, a estrenar, recién construido, «aún estaban colocando las tejas a la torre de la iglesia», a la espera de las 80 familias de colonos y 24 de obreros que debían dar vida a esta localidad.

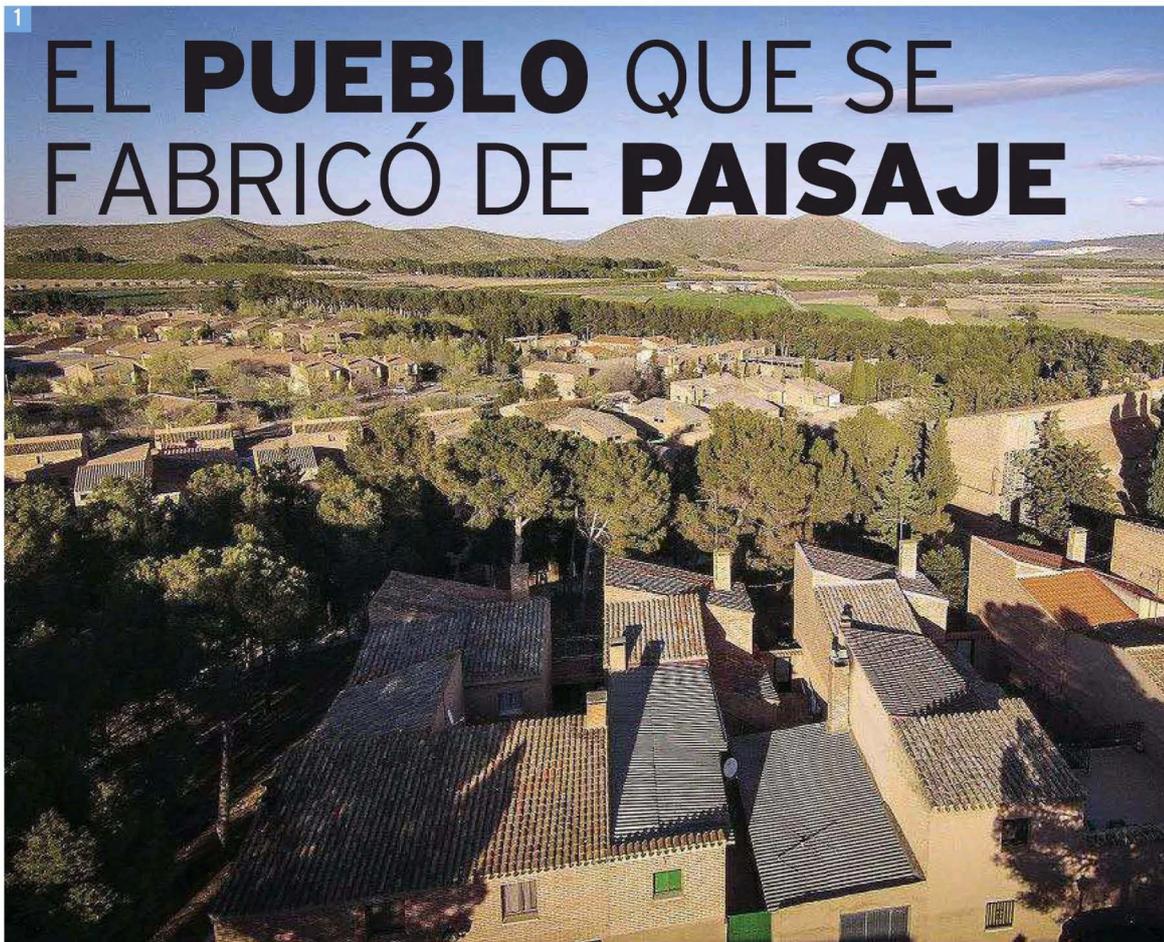
Las aguas del Canal de Hellín permitirían transformar aquel suelo árido en tierra de regadío cultivable. Hacía falta mano de obra, 200 familias de colonos poblaron la zona y para alojarlos se construyeron tres pueblos, Cañada de Agra, Mingogil y Nava de Campana. El criterio del Instituto de Colonización para distribuir los colonos en el territorio era el denominado «módulo carro», fijado en 2,5 kilómetros, la distancia máxima que debía haber de las viviendas a la tierras de cultivo para que los colonos no perdiesen más de 45 minutos en sus desplazamientos al campo. Esa es la razón de que se construyeran tres pueblos, en lugar de uno solo.

**BAJO LOS PANTANOS.** A Cañada de Agra llegaron a vivir familias que se habían quedado sin casa por la construcción de los pantanos del Cenajo y Camarillas, como los padres de Juan Fernández, el presidente de la Asociación de Vecinos; «demostraron con un documento que la casa de mi abuela había sido embalsada y consiguieron una casa de colonos y cinco hectáreas de tierra». Él tenía ocho años cuando llegó a Cañada de Agra en 1968 y sabe bien del esfuerzo que hicieron los colonos para poder pagar las cuotas mensuales que adeudaban al Instituto de Colonización hasta llegar a ser los propietarios del terreno, «muchos no terminaron de pagar hasta los 80», asevera.

Testigo de ese esfuerzo por salir adelante y por crear un pueblo con identidad fue también Alfredo Tolín, el primer sacerdote que tuvieron estas tres colonias. Sin cura, y por supuesto sin iglesia, no podía haber pueblo. Recién salido del seminario, este burgalés llegó con 24 años al volante de un 'dos caballos'. Era agosto de 1967 y por no tener el pueblo no tenía ni nombre, «se le llamaba Agra Nuevo».

Los colonos, a los que se sumaron algunos llegados de San Isidro de Albatera (Alicante), otro pueblo de la colonización donde las tierras resultaron tener demasiado salitre para el cultivo, fueron roturando los campos y empezando a sembrar.

Todo estaba por hacer. En el campo y en el pueblo, «no había tradiciones religiosas, ni devociones»,



# EL PUEBLO QUE SE FABRICÓ DE PAISAJE

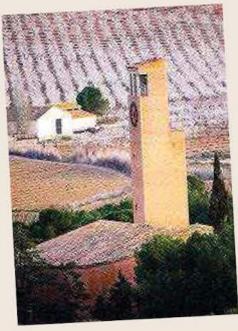
Cañada de Agra, pueblo de la colonización ideado por Fernández del Amo, resalta el valor arquitectónico que le mereció su reconocimiento como Bien de Interés Cultural

## CUATRO PUEBLOS DE COLONOS EN ALBACETE.

Entre 1945 y 1969 el Instituto de Colonización construyó unos 300 pueblos para repoblar tierras agrarias. En la provincia solo hay cuatro, Aguas Nuevas en los Llanos de Albacete y los tres del Canal de Hellín: Cañada de Agra, Mingogil y Nava de Campana.

## LA ANÉCDOTA: PUEBLOS SIN CEMENTERIO.

«Era un pueblo para gente joven y trabajadora, los dos primeros años no hubo ningún entierro, de hecho en el pueblo no hay ni cementerio», relata Alfredo Tolín, quien fuera su primer sacerdote.



desde Madrid les fueron enviando las imágenes para las iglesias y en la capital de España se decidió que Mingogil festejara San Isidro, patrón de los agricultores; que en Cañada de Agra sus fiestas fueran por San José y que en Nava de Campana venerasen a San Francisco de Asís, es el particular homenaje que se hizo el ingeniero jefe del Instituto de Colonización, llamado Francisco. Así eran las cosas.

Llegaron las primeras cosechas, de cebollas, tomates y pimientos primero, pero pronto empezaron a plantar frutales como el albaricoque, que hoy conviven con nuevos cultivos como el del brócoli que posibilitan varias cosechas al año y generan gran riqueza. Los vecinos se fueron conociendo, tejiendo relaciones y construyendo una identidad. «Claro que me siento de Cañada de Agra, vivimos aquí sin un duro y aunque con mucho trabajo, aquí hemos hecho nuestra vida», sentencia María, la primera vecina del pueblo, hoy ya octogenaria.

**VANGUARDIA.** Una identidad a la que ha contribuido, sin duda, la arquitectura de cada localidad. La colonización agraria sirvió de laboratorio urbanístico del que salieron soluciones de lo más variopintas, inspirados en el Kibbutz de Israel o las colonizaciones del Agro Potentino italiano.



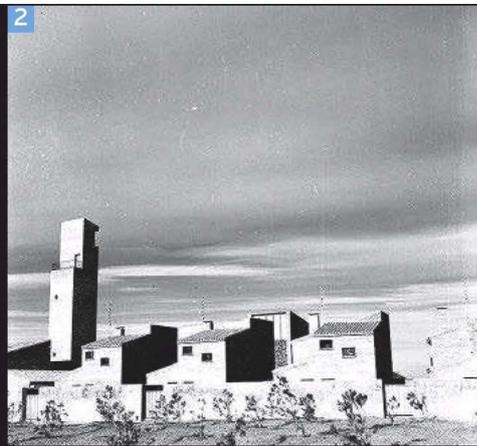
**Nace un pueblo.** Los colonos cultivaron sus tierras y crearon una identidad vecinal hasta hacer de Cañada de Agra un pueblo que hoy tiene unos 400 habitantes. Esta imagen es de los años 70, un vecino, Ramón Coy entrega un premio a una niña. / ALFREDO TOLÍN

De entre los 80 arquitectos que trabajaron para el Instituto de Colonización destacó uno, José Luis Fernández del Amo, que triunfó en certámenes internacionales gracias a Vegaviana, un pueblo construido en Cáceres, en 1958.

Solo cuatro años después, Fernández del Amo, ideó Cañada de Agra, con una calidad arquitectónica y urbana que mereció en 2015 su protección como Bien de Interés Cultural (BIC), una consideración que estos días se ha recorda-

do con una conferencia y una visita guiada por el arquitecto Pedro Sánchez que tendrá lugar hoy mismo. Entidades como la Asociación de Vecinos de Cañada de Agra y la Red de Bibliotecas de Hellín están empeñadas en que quienes han habitado siempre estas casas aprecien el valor que tienen.

Que el foco mediático haya estado siempre en Vegaviana no resta cualidad a Cañada de Agra. «Su principal virtud es su paisajismo, Fernández del Amo se inventó un



- 1 Cañada de Agra, a vista de dron. / FOTO: J. C. LORENTE
- 2 La luz, un elemento más del paisaje. / RAFAEL LENCINA
- 3 Torre de la iglesia. / J.C. LORENTE
- 4 La plaza porticada, donde se localizan los servicios administrativos. / RAFAEL LENCINA
- 5 Cañada de Agra recién construido, se proyectó en 1962 y se habitó en 1966. / FOTO: INC
- 6 Un grupo de niños en Cañada de Agra. / FOTO: J.C. LORENTE
- 7 La plaza. / FOTO: INC



pueblo y edificó un bosque, utilizó los pinos y los álamos como el principal elemento de construcción», ese es su principal valor, en opinión del arquitecto Rafael Vargas, que ante los vecinos de Cañada de Agra hizo un recorrido por los 13 pueblos que Fernández del Amo diseñó para el Instituto de Colonización superando las reticencias del jefe de arquitectura, José Tamés, quien no siempre aceptó sus ideas de vanguardia. Tanto es así que uno de sus proyectos, el de Torres de Salinas, no se llegó a construir.

Quizás, el hecho de que Cañada de Agra lo crease tras el triunfo internacional de Vegaviana le permitió ciertas licencias, -opina Vargas-, como construir las casas aisladas, en lugar de adosadas unas a otras para abaratar costes, como era habitual en todos los pueblos de colonos. Cañada de Agra destaca, ante todo, por su adaptación a la orografía del terreno, explica el arquitecto.

Construido en una ladera de fuerte pendiente, con 15 metros de desnivel, se edificaron 80 casas para colonos en parcelas de 500 metros, con corrales amplísimos para facilitar las tareas agrícolas. Casas construidas en piedra y ladrillo, materiales que juegan con la textura y cuya calidad se mantiene inalterable hasta hoy.

Para evitar que el pueblo resultase «anodino», con todas las casas iguales, diseñó cuatro modelos distintos de vivienda para los colonos, y dos diferentes para las 25 casas de obreros que se construyeron. Otras tres casas para los maestros, cuatro para los comer-

ciantes, una para el médico y otra para el funcionario que asumía la administración del pueblo, completan el conjunto urbano.

La iglesia, clave para dar carácter a los pueblos de colonización pues su torre se convertía en referencia espacial, se construyó en la zona más alta. El resto de edificios de servicios, como los locales para la hermandad de campesinos y las tiendas, se localizan en torno a una plaza porticada, la única pieza geométrica de la localidad.

Todo lo demás en Cañada de Agra es curvo, las casas se construyeron unas junto a otras, pero aisladas y con giros de 15 grados, dando una sensación de dispersión que no es casual. Las calles separan las manzanas residenciales construidas a distintas cotas para salvar el desnivel y se diseñan como recorridos peatonales, dejando la circulación de tractores y coches en una vía que circunvala el pueblo.

El resultado fue un cerro pelado donde cristalizó un pueblo de color ocre, «aquí las casas se dejaron color tierra para que no destacara el pueblo, sino para que se integrara en el paisaje, atendiendo más al modelo de ciudad jardín de Inglaterra y de Estados Unidos que se imponía entonces, que a las normas estéticas de los pueblos de colonización», reflexiona Sánchez.

«Sólo el arte abstracto me enseñó a ver la belleza estricta y desnuda en tierras de La Mancha», confesó años después el propio arquitecto creador, que siempre procuró dar cabida en sus pueblos a jóvenes artistas de la vanguardia.